



REVISTA DE INSTRUCCIÓN, MORAL Y RECREO

DIRIGIDA POR

DON JOSÉ NOVI Y PEREDA

Año V.

Madrid 15 de Abril de 1882

Núm. 84

SUMARIO

I. Por ahí se empieza. — II. Fundación del Monte de Piedad. — III. — Balada. — IV. Los pecados capitales. — V. El envidioso. — VI. — ¡Hosanna! — VII. El nieto y el abuelo. — VIII. Niños y flores. — IX. Pepe, el socio protector. — X. Luisa. — XI. Memento homo. — XII. Los animales. — XIII. Débil recuerdo. — XIV. El mejor tesoro. — XV. Indivino, el niño saguntino.

POR AHÍ SE EMPIEZA

Pijos siempre los ojos en cuanto á la instrucción pública se refiere, vamos hoy á ocuparnos, si bien con la concisión posible, de una acordada del Excelentísimo Sr. Ministro de Fomento que ha merecido los aplausos generales, á los que unimos los nuestros con sinceridad y gratitud.

Las propias y genuinas condiciones de esta publicación, nos vedan estudiar los asuntos que con la enseñanza se relacionan bajo otro punto de vista que el general y marcado de su índole y tendencias. De ahí, por consiguiente, que no nos ocupemos de aquéllos sino por lo

que respecta al carácter y sentido moral que informan todos los trabajos que en LA ILUSTRACIÓN DE LOS NIÑOS ven la luz.

Y dicho esto como indicación explicatoria, vayamos al asunto.

Las escuelas de párvulos de ambos sexos han estado siempre por demás descuidadas, no apreciando sin duda la necesidad y la urgencia de que se les dirija una mirada de atención, pues que así lo exigen de consuno sus alcances é importancia.

Si siempre el interés por la instrucción y educación de la infancia resultó necesario, no lo ha sido nunca, ni lo es ni lo será menos preciso el que debe desplegarse en su primer período, ó sea el que atañe á los párvulos.

Ha habido el error de creer que bastaba á estas escuelas una organización ligera y trivial, y que con tener á los niños y niñas *recogidos* seis horas al día, se había realizado todo lo que podía y debía hacerse en el asunto. Esto aparte de que á viva voz, y sin arte ni método, oyesen sin concierto ni fijeza las letras y los números, y alguna que otra oración, ha venido

siendo el plan general de estudios, digámoslo así, de estos establecimientos de enseñanza.

Como lógica consecuencia de lo expuesto, se deduce el que la provisión de las titulares de párvulos no ofrecieran nunca el menor reparo, no cuidándose tampoco de que los maestros se hallaran adornados de los títulos convenientes, ni que el número de los alumnos fuese más ó menos excesivo, ni en la separación de los sexos se mostrara empeño alguno.

A acabar con este absurdo procedimiento y á poner las cosas en el camino de la justicia se ha encaminado el decreto del inteligente y activo Sr. Ministro de Fomento sobre reglamentación de las escuelas de párvulos.

Las disposiciones que comprende y los principios que establece han merecido el aplauso general, pues van en derecho á una completa innovación en el ramo de primera enseñanza, y con especialidad en lo que atañe á la de dichos establecimientos de instrucción.

Por ahí se empieza, digamos al leer la acordada del Sr. Albareda; por dedicar sus afanes, su interés, su predilección á la niñez en su pri-

mera edad, medio el más á propósito y seguro de que el edificio que habrá de levantarse reuna en sus cimientos la solidez y ancha base que aconsejan la necesidad, el arte y la experiencia, si es que se quiere que aquél resulte firme y duradero.

Por ahí se empieza, exclamamos antes como ahora; pues aunque parece una cosa tan sencilla la educación é instrucción de la infancia, desde los momentos en que da principio el desarrollo de sus facultades, tanto intelectuales como físicas, no lo es así, como se ha venido creyendo hasta el presente.

Por ahí se empieza, repetimos aún; por la reorganización de las escuelas de párvulos, dotándolas de profesores instruidos y de aptitud bastante, no consintiendo que se aglomeren cientos de alumnos en un solo local ni que tengan un único director.

Precisamente en ese período de la vida es cuando los niños reclaman mayor cuidado y doble celo para ser atendidos, pues en él sus necesidades, ni pueden ser con claridad expresadas, ni sus distracciones con rigidez corregidas. El profesor há menester hacer un estudio especial de cada discípulo, adivinar su carácter, comprender su temperamento y discurrir sobre sus inclinaciones más claramente expuestas.

Esto, que de suyo no es poco difícil, seríalo doblemente no dedicando á las escuelas de párvulos maestros útiles, y no teniendo en cuenta el número de alumnos de que cada una de aquéllas deba constar, según lo exigen la razón natural, el sentido común y la justicia.

No entramos en otro linaje de consideraciones toda vez que suponemos bastante lo dicho para llevar el convencimiento á nuestros lectores, de lo imprescindible y necesario que venía haciéndose que en este asunto tan importante para la instrucción pública se diera algún paso en sentido progresivo y reorganizador.

Reiteramos al digno ministro de Fomento, Sr. Albareda, el testimonio de nuestra gratitud más sincera y nuestro aplauso más entusiasta por su importante disposición referente á las escuelas de párvulos.

Ese es el camino que se debe seguir si se aspira á dejar alguna huella beneficiosa para la Nación de su paso por el ministerio de Fomento.

Por ahí, por ahí se empieza.

JOSÉ NOVI Y PEREDA.

FUNDACIÓN DEL MONTE DE PIEDAD

CUENTO¹.

Es fama que en otra edad
congregáronse aquí abajo,
en bien de la humanidad,
la Religión, el Trabajo,
y la santa Caridad.

¹ Escrito para leerse en la sesión regia con que se inauguró el nuevo edificio de la plaza de las Descalzas.

Miraron con interés
del hombre la suerte fiera;
lamentáronla después,
y de esta honrada manera
hablaron por fin los tres:

—«Yo á los hombres daré pan,
repuso el Trabajo ufano,
y si vuelven con afán
á mi corazón y mano,
privaciones no tendrán.»

—«Yo les daré fe y virtud,
exclamó la Religión,
si con noble gratitud
me fían el corazón
de la cuna al ataud;
y cuando vea perdida
su fuerza, su cuerpo inerte,
y ya al fin de la partida,
aun les daré con la muerte
esperanza de otra vida.»

—«Yo, la Caridad muy bajo
murmuró, con lo que oí,
pobre juzgo mi agasajo,
que el que há virtud y trabajo
no me necesita á mí.

»No obstante, si ricos dones
vuestro amparo al hombre da
con honrosas condiciones,
sin ellas en mí hallará
amparo en sus aflicciones;

»Y le enseñaré mi celo
aun de lo poco á guardar:
y cuando miseria ó duelo
puedan su bien amargar
gimiendo en el desconsuelo,

»A su lado me ha de ver,
no con limosna que ultraja,
por digna que logre ser;
con el bien que, quien trabaja,
puede sólo merecer.

»Mi tierna solicitud
le dará sin humillarle
socorro, y tal vez salud,
logrando su bien guardarle
y sostener su virtud;

»Que acaso mi intervención
en un momento de apuro,
mate una mala pasión,
y sea medio seguro
de salvar un corazón.»

Rindieron ambos tributo
á don que tanto valía,
que, cual de Dios tierno fruto,
del pobre apartar debía
miseria, crimen y luto;

Y así de la caridad,
como el más precioso don
que otorgó á la humanidad,
símbolo de bendición
nació el *Monte de Piedad*.

JOAQUINA BALMASEDA.

BALADA

—¿Porque eres sábio te ries
y das en llamarme necio?
Dame del pan que tú comes,
dame luz, porque estoy ciego.

—¿Porque soy sábio me envidias?
¿Porque me rio te ofendo?
Dame tu tranquilidad,
que mi risa es mi tormento.

FRANCISCO DE ARECHAVALA.

LOS PECADOS CAPITALES

I

SOBERBIA



ON Pepito, á una indicación de Angel, se colocó delante de él sentado sobre sus patas con las manitas levantadas, y en esta actitud escuchó, ó apareció escuchar, las siguientes palabras que el niño le dirigiera:

—Vas, amigo mío, á demostrar á tan escogida reunión la historia que te tengo referida de aquel niño petulante y soberbio que despreciaba á sus compañeros de colegio porque no eran como él hijo de marqués, que trataba con altanería á los criados, que menospreciaba á sus maestros, y que por su orgullo y grosería llegó á ser, si no aborrecido, despreciado de todos.

A esta orden, Don Pepito cambió de postura y empezó un paseo al rededor del círculo con paso lento y majestuoso, y con movimientos tan acompasados y ridículos, que el auditorio todo soltó una ruidosa carcajada.

Ofendido sin duda por aquella falta de respeto á su dignidad, D. Pepito se levantó violentamente, colocándose en posición vertical sobre las patas; en esta altanera actitud, erguida la cabeza y la mirada chispeante de indignación, comenzó á ladrar furiosamente al público, apostrofándole en su lengua por la falta de educación que con él estaba practicando.

Angel le gritó: ¡Pepito! Pero este caballero, lejos de templarse, se encaró en él, y mirándole con rabia le ladraba aun más furiosamente que hasta entonces lo había hecho al auditorio.

—¡Ah! ya caigo —contestó Angel con humildad— se ha ofendido usted porque le he tuteado; dispénsame su merced, Don Pepito.

—¡Hum! —gruñó el perro algo más tranquilizado; y sin dignarse mirar ni atender á su amo, volvió á emprender su petulante paseo, saludando con una inclinación de cabeza solamente á las señoras, caballeros y niños que ostentaban ricos trajes, y gruñendo y enseñando los dientes á las personas vestidas pobremente.

Sin duda con objeto de reconciliarse con él, Angel le dijo con humildad:

—Señor Don Pepito, me va usted á permitir le arregle un poco el traje, que se le ha descompuesto algun tanto á causa de la desazón que acaba usted de pasar.

Y diciendo y haciendo, el hijo de Magdalena se aproximó á él, le compartió con igualdad las lanas que le cubrían la cabeza, le alisó con su mano el resto de ellas, y con el mayor cariño le metió en la boca un terroncito de azúcar, como pudiera hacerlo con un niño el más fiel y entrañable criado.

Don Pepito recibió estas muestras de adhesión con la más glacial é imperturbable actitud. Sin perder su gravedad y su contoneado paso, dió dos vueltas en rededor de Angel, mirándole y oliéndole despreciativamente, y concluyó por aproximarse á sus piernas, y levantando una de las patas, hacer el ademán de que le me...

Un grito de indignación lanzado por todo el

auditorio contra el orgullo y desagradecimiento de Don Pepito, probó á éste y á su maestro la perfección con que había sabido dramatizar el pecado de la Soberbia.

HUMILDAD

—Ya que tan al natural has pintado la soberbia del marquesito, es preciso, amigo mio—dijo Angel dirigiéndose al perro—que nos demuestres ahora de qué manera aquel fatuo y desgraciado niño se valió para hacer olvidar su insensata y repulsiva conducta, y de qué medios hizo uso para llegar á ser apreciado y querido de todos.

A esta indicación de Angel, Don Pepito agachó la cabeza y la esponjada cola en la más humilde de las actitudes, y en esta posición se introdujo entre la concurrencia, tomando mil precauciones para no molestar ni pisar los trajes de las señoras, hasta el sitio que ocupaba el Director. Allí ya, y mirando á este señor con la mayor timidez, se corrió, digámoslo así, sobre el suelo, meneando la cola y demandando una caricia que aquel señor le hizo, con lo que el animalito demostró con saltos y piruetas la más profunda alegría y agradecimiento.

Repitió después estas mismas demostraciones de respeto con un señor Sacerdote concurrente al acto, con dos ó tres señoras y caballeros, y por último con las niñas y niños más pobremente vestidos, volviendo al centro del círculo con paso humilde y precavido á fin de no molestar á nadie.

Su amo le esperaba muy tieso y con seriedad; y en vez de recibir de éste alguna caricia, como parece se prometía el animal, Angel le dijo con tono imperativo:

—No basta que seamos humildes y respetuosos con nuestros superiores, porque también puede esto encubrir un cálculo egoísta; es preciso que á nuestra humildad se una el hábito de ser útiles y serviciales con todo el mundo.

Sin abandonar su humilde postura, Don Pepito se dirigió á un punto del salón, donde una criatura en mantillas refunfuñaba tomando el pecho de la nodriza; aproximó su boquita al rostro del infante, le acarició, le lamió las manecitas y no se separó de su lado hasta que, risueño y satisfecho el niño con las monerías del perro, cesó en su disgusto y lamentaciones. Levantó después un pañuelo caído y le puso sobre las rodillas de su dueño, y recogiendo un guante del suelo, salió con él en la boca en medio del círculo; y colocándose de pie, dió una vuelta en rededor hasta que una señora le indicó que era suyo, con lo que Don Pepito cruzó otra vez entre los espectadores para depositarle en sus manos.

Por lo visto, Angel era insaciable ó muy cruel para con su amigo, porque, lejos de manifestarse satisfecho con las pruebas de humildad de su compañero, como lo estaba todo el auditorio, le dijo con voz airada:

—Lo que ha hecho usted hasta aquí, señor Don Pepito, no es más ni menos que lo que todos tenemos obligación de hacer en la sociedad ínterin ésta nos considera y aprecia. Otra cosa esperaba de usted, por ejemplo, que también fuese usted bueno y condescendiente con

quien le tratase á usted con dureza. Y ya que usted no ha querido ó no ha sabido demostrarnos este extremo, hoy y mañana no tendrá usted más alimento que agua clara.

Don Pepito oyó esta sentencia con la mayor humildad, pegado su cuerpo á la alfombra; su amo continuó:

—Además, en quince días no me volverá usted á ver, y mamá Magdalena se encarga de no hablar á usted una palabra de mí.

Este segundo castigo hizo en el pobre Don Pepito un efecto cruel. Cual si se hallara bajo el influjo de una corriente eléctrica, el animal se arrastraba por la alfombra, lamía los piés del inflexible Angel, suspiraba, le miraba con ojos enternecidos, le suplicaba con gruñidos tan dulces y profundos, que más de cuatro de aquellos sensibles espectadores lloraban y apostrofaban al niño como un mónstruo de dureza y de tiranía, olvidados completamente de que aquella escena entre Angel y su perro era simplemente una escena ensayada y teatral.

De repente cesó Angel en su papel de tirano, y arrodillándose y besando en la boca á su perrito,

—Ahora sí que has probado tu humildad, querido mio—le dijo—cuando no te has rebelado contra la injusticia, y cuando has manifestado que el mayor tormento para tí era privarte del aprecio, siquiera fuera temporalmente, de tu mejor amigo.

Ruidosos aplausos resonaron á la terminación de este cuadro, sobre todo de los niños, entre los cuales no faltarían algunos que necesitaran la lección de humildad que un perro les acababa de dar prácticamente.

(Se continuará.)

CAYETANO COLLADO.

EL ENVIDIOSO

FÁBULA

Magnífico manzano
en el corral de un clérigo crecía.
Un vecino de envidia se moría
viéndole tan fecundo y tan lozano:
él ni manzano ni corral tenía.

Y ya que de otro modo
no supo desfogar su encono fiero,
arrojaba al frutal desde un granero
el desperdicio de su casa todo,
haciendo del corral estercolero.

Bien ensució el ramaje;
mas la lluvia á su tiempo lo limpiaba,
la tierra con la broza se abonaba,
y el resultado fué del vil ultraje
que más fruto y mejor el árbol daba.

Mas útil que nociva
es la gente mordaz que tanto abunda,
pues hace con su rabia furibunda
que el íntegro varón más cauto viva,
y más pronto á sus émulos confunda.

JUAN EUGENIO HARTZENBUCH.

¡HOSANNA!

SONETO

Reina el vicio doquier: su olor inmundado,
Que en nubes pardas por la tierra gira,
Es el aire mortal que se respira
En todo lo que abarca el ancho mundo.

En maldades no más siempre fecundo
Ya se muestra en los ecos de la lira,
Ya en la sangrienta y horrorosa pira
Que atiza altivo Marte furibundo.

¿Quién podrá aniquilar su poderío,
Y al hombre libertar con fuerte mano
De la ignominia vil en que hora yace?

Respira, humanidad; Dios, siempre pío,
Compadecido al fin del vil gusano,
En un establo por salvarte nace.

ANDRÉS CASADO.

EL NIETO Y EL ABUELO

Luís y su abuelo miraban
por idéntico cristal,
y lo que ambos contemplaban,
nieto y abuelo, lo hallaban
uno bien y el otro mal.

Sus miradas dirigía
el chico con gran deseo
hacia el cristal, y decía:
—¡Qué bonito! y respondía
el abuelito: —¡Qué feo!

—¡Qué grande! Luís exclamaba,
¡Qué colores! ¡qué hermosura!
El abuelito miraba,
y al nieto con amargura
—¡Qué pequeño! replicaba.

—Mira qué azul está el cielo,
qué aroma tienen las flores,
las aves qué raudo vuelo.
—Yo no veo esos primores,
le contestaba el abuelo.

—Pero abuelo, por piedad,
¿cómo siendo igual la mira,
no hay en ambos igualdad?
—Porque tú ves la mentira
y yo veo la verdad.

Donde tú ves ilusiones,
gracias á tus pocos años,
yo, viejo ya, sin pasiones,
y lleno de desengaños,
hallo envidias y traiciones,
y aunque uno mismo el cristal
y uno el objeto también
sin embargo no es igual;
pues tú, niño, ves el bien
y yo, viejo, veo el mal.

—¿Es decir que cuando yo,
viejo cual tú, llegue á ser,
y en el cristal quiera ver
no veré lo que ahora? — No,
no tendrás ese placer,
porque, cuando el niño mira,
sólo ve lo que vendrá;
y el viejo, que á nada aspira,
con los recuerdos suspira
de lo que ha pasado ya;
y quiere la suerte fiera
que mientras recuerda el viejo,
el niño tan sólo espera:
por eso en el mismo espejo
se ven de opuesta manera.

VENTURA MAYORGA.

GRABADO

NIÑOS Y FLORES



A hemos llegado, pues todo llega en el mundo, apreciables lectores infantiles, á la hermosa estación de Primavera.

Período de tiempo en el año es éste en que la obra de la Creación se revela á nuestros ojos con todos sus encantos y sus más vistosas galas, y en que la Naturaleza parece como que hace esplendente ostentación de cuanto la embellece y la adorna.

A aquellos días mustios y oscuros del invierno, en que hasta el sol más que á hoguera que abrasa aseméjase á luz que se extingue, han sucedido los claros y alegres de la Primavera con sus mañanitas de Abril y Mayo tan gratas, y sus tardes tan deliciosas.

A aquellas noches tan tristes del anciano de las estaciones, en que todos andamos tiritando de frío y vivimos tan sólo al amor de la lumbré, han reemplazado estas otras noches de la estación primaveral, tan dulces y tranquilas.

A aquel cielo cubierto de negras nubes que nos velaran por días enteros el rayo vivificante del astro solar, sustituyen ahora ese otro cielo azul purísimo, y á través del que llega hasta nosotros ardiente y abrasador ese mismo rayo.

A aquel campo tan sombrío envuelto entre densas nieblas, vestido con su traje de nieve blanca, de árboles desnudos, de helada tierra, invitando á la melancolía, ya no le invade hoy la nieve, ni entre nieblas está envuelto, ni es tan sombrío; sino antes, por el revés, se ha tornado en campo alegre y lozano, en que árboles y flores le engalanan con sus cambiantes y le perfuman con sus aromas.

A aquel silencio en la atmósfera á duras penas roto por el triste graznido de algún ave de rapiña, que en su rápido volar punto menos que si era notada, ó por el sentido piar de algún pajarillo errante, que así en canción dolorosa lloraba la pérdida de su amoroso nido, ó el rastro de sus camaradas, sucédele un general concierto de mil clases de pájaros, que en mil trinos diversos entonan en mil gorgoros su entusiasta saludo á las galas mil de la hermosa Primavera.

Bien venida seas, pues, estación de las aves y de las flores, de la armonía en el cielo y de la dulzura en la tierra.

Porque también es en esta estación cuando sacuden los niños su pereza, disculpada en parte por el temor al frío del invierno, y madrugan un poco más por la mañana, aprovechan más el día y se acuestan otro poco más tarde por la noche, y pueden así prepararse con tiempo sobrado para los exámenes de Junio en Escuelas, Colegios é Institutos.

Y como es fuerza que algún descanso se les proporcione, pueden asimismo visitar los jardines, correr por ellos, formar ramos de flores y rendir, en medio de tanta belleza como miran á su alrededor, un tributo de admiración al Sér Supremo, que así de manera tal y tan cumplida gobierna y rige el Orbe entero.

En uno de esos mil pensamientos que inspiran la pluma del poeta ó guían el pincel del pintor, están los orígenes del que informa el gra-

bado que teneis á la vista, apreciables lectores. Oídmeme su explicación.

Amalia es una niña muy aplicada, obediente y madrugadora, y ha traído esta mañana á sus papás el completo de los cien vales que su profesora la ha otorgado en premio á sus condiciones excelentes.

Su buena mamá doña Rosenda, la había prometido que cuando los vales sumaran dicha cantidad, la llevaría á visitar á su madrina, doña Matilde. Y como hoy es jueves, y *no hay colegio*, la mamá encontró muy en su punto cumplir lo prometido, que es deuda según el adagio, y saldar así la cuenta pendiente con su hija Amalia.

Dicho y hecho; acabaron de almorzar; su papá aplaudió la idea votando en pró, dio unos besos á la niña, no sé cuantos, pues siempre me fué difícil contar los que me dieron de chiquitín, como ahora pierdo la cuenta de los que doy y de los que veo dar, y se encaminó al café: doña Rosenda y Amalia se pusieron de veinticinco alfileres, y andando andando, llegaron á casa de doña Matilde.

Como no es de personas bien educadas escuchar las conversaciones en que uno no toma parte, ni á mí me dieran vela para este entierro, no os puedo relatar de la visita sino lo que me contó por la noche la angelical Amalia, y que casi al pié de la letra es como sigue:

— Oiga usted—me dijo la niña.—Esta tarde, como no tenía colegio por ser jueves, y había traído los vales que me faltaban para completar el número de ciento, me ha llevado mamá á ver á mi madrina. ¿Si supiera usted que contenta se ha puesto? Me ha cubierto de besos la cara, me ha llenado el estómago y los bolsillos de dulces y las manos de flores, que bajamos á buscar á su precioso jardín, y que ella misma cortó haciendo este bonito ramo. Tome usted una. Me ha encargado mucho que las cuide, porque dice que así como las flores son el adorno más puro de la Naturaleza, los niños somos como las flores de la humanidad, que todo lo embellecemos con nuestra inocencia, y todo lo cautivamos con nuestras gracias y alegrías. También me encargó mucho que no me durmiese sobre los laureles de mi victoria primera, sino que, antes por el contrario, éstos debían servirme de estímulo para no perder ninguna de mis condiciones de asiduidad y aplicación, y seguir por la senda de la virtud con paso más firme y seguro cada día. Al despedirnos me volvió á dar más besos, más dulces y más flores, y...

— ¿Tú qué la diste en cambio?—la pregunté interrumpiéndola.

— ¡Toma! Yo la dí... ¿qué había de darla? La dí... expresiones para su esposo.

.....

¡Flores y niños!

Aquellas candorosas y éstos inocentes. Las unas llenas de perfumes, y los otros llenos de gracias.

Las flores, viviendo un día al calor y abrigo de la más galana de las estaciones. Los niños, viviendo una sola época, á la sombra bienhechora de la más grata de las edades, la edad de la infancia.

Las flores, llenando de encantos campos y

praderas, jardines y salones, con sus aromas puros. Los niños, embelleciendo el doméstico hogar con las risueñas esperanzas que hacen concebir los primeros rasgos de sus imaginaciones nacientes.

Las flores, destinadas á que el viento arrebatase en breve su color, sus perfumes y sus hojas en raudos torbellinos. Los niños, condenados á sufrir en breve los vaivenes de la vida, con su cortejo de contrariedades y desengaños.

Las flores y los niños tienen, por lo tanto, mucho de parecido en la manifestación de sus existencias.

Porque de flores se teje la corona que ciñe la cabecita del niño cuando al morir se le conduce al cementerio, y con su cadáver quedan sepultadas.

¿Qué más?

Los bordes de las tumbas en los camposantos, se hallan también cubiertos de flores.

GREGORIO BARRAGÁN.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

PEPE, SOCIO PROTECTOR



Hí le teneis. Él no mostrará gran cuidado por arreglarse sus greñas, ni por saber la lección en el colegio; pero en cambio anda que bebe los vientos porque le nombren socio protector en la de los animales y de las plantas.

A cada persona que va á su casa, la enseña la espuertita de perros que cuida con solicitud, ¡eso sí! y que dice prepara con objeto de exhibirlos en la primera exposición que se celebre, así sea la Exposición de acuarelistas.

Al muchacho en parte no le falta razón; porque él dice: — «Exponiendo mis perritos, doy prueba de los buenos instintos que me animan, figuraré al lado de mis consocios, mi nombre le traerán á mal traer desde *La Correspondencia* al *Tío Findama*, y seré dentro de poco director, gobernador, general ó ministro; mientras dando vueltas á los kilos y á los sonetos, á las lecciones de historia, ó á las de geografía, á poliedros y al *musa musae*, etc., etc., se pasarán los años y los años, y me saldrán canas sin que nadie sepa ni que existo en el mundo.»

Y José dice esto con tal aire de persuasión y tal tono de íntimo convencimiento, que no dudamos que al cabo y al fin consiga lo que se propone el aspirante á socio protector.

Pero aunque lo alcance, no debeis, amigos lectores, imitar su conducta por los medios que emplea; pues si es noble aspirar á ser útiles á la sociedad, á la familia y á sí mismos, ocurre á veces que, como el hombre propone y Dios dispone, el que sueña con el fajín de gobernador sin cuidarse antes de cultivar su inteligencia que le revista de las condiciones necesarias al efecto, tenga después en lugar del fajín una cuerda de mozo de cordel, y gracias.

Nada, nada, niños; lo primero es lo primero: y lo primero en los niños, y hasta en los grandes, es instruirse y educarse, ser dóciles, amables, modestos, honrados, activos y trabajadores, que tiempo os quedará de que deis rienda suelta á vuestras nobles aspiraciones.

LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS



PEPE, socio protector.

Ayuntamiento de Madrid

Ayuntamiento de Madrid



NIÑOS Y FLORES.

EL MEJOR TESORO

Á MI BUEN AMIGO V.



ME has pedido un artículo ó una anécdota, y voy á contarte una historia; una página arrancada á mis recuerdos de la infancia.

Era una noche lóbrega y sombría como ésta; el agua caía á torrentes, y azotaba las paredes de una pobre casita perdida en la anchurosa falda de San Pedro Mártir, montaña que protege con su sombra á la risueña Barcelona.

Yo entonces era una niña; pero habían pali-decido mis mejillas, y parecía que una horrible enfermedad iba á arrebatarme la existencia. Dios no lo quiso. Las puras auras que jueguen en aquel lugar de delicias, y los cuidados de los habitantes de aquella rústica casita, me devolvieron la salud perdida.

Imposible me sería describirte el bello panorama que se ofrecía desde allí á mis ojos.

A la derecha Monjuich, coronado con su soberbio castillo, y espejándose en los cristales de una mar tranquila, cubierta de mástiles, de banderas, de ligeros barquichuelos que cruzan sin cesar el puerto, y de los cuales sólo se divisa la blanca vela, pareciendo cisnes que se bañan en las movibles ondas.

Más allá la risueña Barceloneta, con sus calles á la holandesa, y sus casas pintadas de encarnado. Por detras de ella vuelve á surgir el mar, que aparece como una cinta de plata, mientras á la izquierda se eleva una cordillera de altaneros montes, cuya diadema de eternas escarchas se confunde con las nubes.

Y en sus vertientes casas, sombreadas de limoneros y naranjos, pintorescos pueblecillos, bosques seculares, campos de flores y murmurantes arroyuelos.

A mis piés, Barcelona, envuelta en el diáfano humo de sus mil fábricas como un hirviente cráter, que deja oír un incesante y sordo rumor, semejante á los mugidos de un mar tempestuoso, y todo este sorprendente cuadro, nadando en un océano de luz, de matices y armonías.

En aquella casa habitaban muchos hombres y mujeres, hijos y nietos de un octogenario anciano, pero fuerte y vigoroso como esos altivos cedros que desafían las tormentas.

Había viajado mucho: era un sábio, no por ciencia, sino por experiencia, que acaso vale más que la primera. Sabía una multitud de anécdotas, y solía entretener las largas noches de invierno con sus animadas relaciones.

¡Pobre anciano! ¿se habrá ya abierto para tí la tumba? ¿Habrás helado ya en tus labios la franca sonrisa, y perdido su brillo tus miradas? ¡Yo te respetaba como á esos gigantescos monumentos que están próximos á desplomarse y confundir con la nada su grandeza! ¡Ay, la higuera á cuya sombra te retirabas á descansar en las calurosas tardes del estío, balanceará aun su poblada copa, y tú, que tan generoso eras, tú que tantas cosas sabías, duermes tal vez el sueño eterno en tu estrecha sepultura!

Era una noche como ésta: todos guardábamos un triste silencio, contemplando las azules llamaradas del hogar que se apagaba, y oyendo el monótono ruido de la lluvia.

—Voy á contaros una historia—exclamó repentinamente el viejo.

Soltamos un grito de alegría, hicimos círculo á su alrededor, y esperamos con impaciencia la primera palabra que iba á salir de sus labios. Hé aquí su historia.

—Era en 1802, yo navegaba en clase de marinero en el hermoso bergantín *San Antonio*, que hacía viajes á Berbería. En una apacible mañana del mes de Abril desembarcamos en Sfalces, que es la ciudad más hermosa y mercantil del reino de Túnez, situada en la costa septentrional del golfo de Cebes, en terreno llano y pantanoso.

Esta ciudad es muy grande, sus calles son anchas y enlosadas, y está circuida de magníficos jardines. Fabrícanse en ella los lienzos más hermosos de Berbería, constrúyense numerosos barcos y pequeños buques corsarios, que cruzan por las costas de Italia, y por último, hace un comercio muy activo en aceite, lanas, casi tan estimadas como las de España, y esponjas que se pescan en las islas de Kerlenci. Sus habitantes son sumamente industriosos, afables y políticos hacia los extranjeros.

Una tarde, yo estaba muy triste. Acababa de llegar en otra nave mercante un compañero mío, y me traía noticias muy desoladoras de mi familia. El invierno había sido muy crudo; la cosecha escasa. Mi mujer había tenido que matar todas sus gallinas, mis cinco hijos carecían de pan que llevar á sus labios. Yo no tenía dinero, ni medios con que enviárselo: ¡cuando el buque hubiese completado su cargamento, cuando volviese á mi pueblo, tal vez no volvería á acariciar las rubias cabezas de mis niños!

Agobiado por una sombría tristeza, salí al campo. La tarde era deliciosa, el mar estaba en calma, anduve mucho tiempo absorto en mis ideas. De repente, cuando la noche empezaba á extender sus azulados velos, desperté de mi abstracción sobrecogido por el extraño espectáculo que se ofrecía á mi vista.

Hallábame en medio de un océano de fuego, cuyas llamas crecían hasta tocar las nubes, ó azotadas por los aires lamían la llanura en todas direcciones. El cielo y el mar reflejaban el incendio, y parecían otros tantos volcanes encendidos. Todos los objetos que me cercaban tomaron un color rojizo, y los árboles y los peñascos parecían espectros que se balanceaban en medio de las llamas.

Mi primera sensación fué de espanto, la segunda de entusiasmo, porque aquella iluminación repentina, en medio de la semioscuridad del crepúsculo, ofrecía el más caprichoso y sorprendente cuadro.

Cuando el entusiasmo hubo dejado su lugar á la reflexión, busqué la causa de aquel fenómeno, y comprendí que debían estar fabricando la barriela, que es uno de los principales ramos de su comercio.

En efecto, los habitantes de Sfalces dejan secar un poco las plantas de que la extraen, despues de haberlas cortado las amontonan en unos fosos abiertos al intento, y en seguida las incendian. La sal que se desprende de las plantas cae al fondo de los fosos, en donde se reúne, formando una masa sólida. Esta ope-

ración se efectúa ordinariamente á lo largo de la costa.

Quise gozar de la belleza de aquel espectáculo tan nuevo, y me senté sobre una piedra. Cuando las postreras llamaradas se apagaron, advertí con terror que era ya muy entrada la noche. Quise volver á la ciudad, y no me fué posible hallar el camino.

No acierto á pintaros mi zozobra: di vueltas como un insensato, y cual si estuviese aprisionado en un círculo mágico, siempre volvía á hallar delante de mí los mismos árboles y la enorme piedra en que me había sentado.

Una vez esperé haberme por fin alejado de aquel fatal sitio; había andado mucho, y divisé unas tapias. Creí hallarme cerca de la ciudad, y sentí la alegría del naufragio al asir la tabla salvadora. Pero mis piés sólo tropezaban con escombros y paredes que parecían bambolearse á los pálidos reflejos de la luna. No obstante llegué á un grande edificio cuadrado: la puerta estaba abierta de par en par, y entré intrépidamente en el patio, que estaba sostenido por 24 columnas de hermoso mármol blanco, vetado de azul. Comprendí que aquellas serían las ruinas de Usilla, situadas á cuatro leguas NE. de Sfalces, y célebre en la comarca por los prodigios que, según voz pública, se operan en su recinto.

Confieso que tuve miedo: han pasado tantos años, que no me causa rubor el confesarlo. Resignado á pasar la noche en aquel tétrico asilo, me senté en el zócalo de una columna, y aguardé con el corazón palpitante que blanquease el alba.

La luna había pasado ya del zenit, y daba de lleno en el ángulo opuesto á aquel en que yo me hallaba.

De repente oí un lejano ruido de pasos, un confuso murmullo de voces; pero voces lastimeras, mezcladas de sentidos ayes. Abrióse por fin una puerta, y aparecieron en su dintel dos sombras.

Un velo cubrió mi vista, y el espanto heló la sangre en mis venas.

ANGELA GRASSI.

(Se continuará.)

MEMENTO HOMO...

SONETO

¿Por qué corres en pos de los placeres,
Miserable mortal, desalentado,
Malvendiendo la vida que te ha dado
El Criador, olvidado de quien eres?

Marchan hacia su fin todos los séres
Sin declinar del rumbo señalado,
Y solo tú, de libertad dotado,
Te separas infiel de tus deberes.

Tú solo, á quien esclavo de la muerte
La mansion traspasar triste y oscura
Al culto le consagras del dios Momo,

Mañana, quizá hoy, la sepultura
A probarte vendrá que polvo inerte
Es tu cuerpo no más: *Memento homo!*

ANDRÉS CASADO, *Escolapio*.

LOS ANIMALES



En una selva de gran extensión, donde nunca penetraran piés humanos, vivían animales de todas especies.

Allí había los tímidos é inofensivos conejos, liebres, castores, gacelas y llamas; los fieros y dañinos chacales, tigres, panteras, osos, hienas y leones, sin que faltasen cocodrilos, dragones y culebras de cascabel.

Estos animales estaban en perpétua desavenencia y guerra, persiguiéndose unos á otros y devorando el fuerte al débil.

Todos los días había combates, carnicerías y muertes.

Las corredoras liebres, las llamas y gacelas, perecían entre los dientes de los lobos y de los leones.

Los dromedarios y los camellos se veían perseguidos por los tigres y panteras, y el pacienzudo elefante perdía á veces la paciencia y sacudía algunos golpes con su trompa á los impertinentes que le inquietaban.

Cada cual estaba siempre temblando y temiendo que viniese otro á quitarle el bocado de la boca y entablar sangrienta riña.

Un día, por un accidente inesperado, se turbó la paz en la mansión de las fieras.

Se prendió fuego el bosque por sus cuatro extremos y sin saber cómo.

Las llamas se extendían, cundían rápidamente por todas partes, devorando árboles y maleza.

Todos los animales se llenaron de espanto, y abandonando sus retiradas guaridas, fueron juntándose hacia el centro de la selva en una reducida llanura.

El fuego los rodeaba y los iba estrechando cada vez más. Veían la muerte á los ojos, y temblaban de terror hasta los más valientes y fieros.

Nadie sabía qué hacer, ni qué medidas tomar para salvarse; y aunque conferenciaron entre sí, ninguno dió un parecer aceptable, y queriendo hacer muchas cosas á la vez, se quedaron sin hacer ninguna.

Entonces, como suele suceder siempre en los grandes apuros, se olvidaron los odios y la saña de unas especies hacia las otras, y sin ninguna distinción estaban juntos y agrupados cocodrilos, corderos, leopardos, rinocerontes, serpientes, liebres y leones. Rugían, silbaban, bramaban, gruñían, mugían, resoplaban y chichaban, haciendo un ruido infernal.

—¡Vamos á morir abrasados!—exclamaba el toro con temerosos mugidos.

—¿Qué hacer?—preguntaba el león rugiendo.

—¡No hay salvación!—gritaba el lobo con aullidos lúgubres.

—¡Ay, que ya se me quema el rabo!—gruñía la zorra, metiéndose entre los piés de un tigre.

—¡Ay de mí!—chillaba la liebre saltando sobre el lomo de un elefante.

Entonces un prudente castor se subió á un árbol, y dijo con voz chillona:

—¡Silencio! Se me ocurre un plan excelente para salvarnos del incendio. Nos libraremos del fuego si nos metemos debajo de tierra y lo

dejamos arder sobre nosotros. Lo que hay que hacer, pues, es ocultarnos en las cuevas.

Pareció bueno y eficaz el consejo, y fué aceptado con exclamaciones de aprobación.

Cada cual corrió á esconderse en la primera gruta que halló al paso, verificándolo tres ó cuatro dentro de una misma.

Era cosa de ver cobijados amigablemente en la mejor armonía que puede imaginarse, en una misma cueva, los animales de condición más opuesta.

Aquí estaban juntos un tigre y una gacela con un par de amedrentadas liebres; allí se estrechaban como hermanos un león, una serpiente y una zorra; en otra parte juntaban sus cabezas, mezclando sus alientos, un conejo, un hurón y un lebre: todos, en fin, parecían los mejores amigos. ¡Tanto puede la necesidad!

Paró el incendio, destruyéndolo todo y reduciéndolo á cenizas. Pasado el peligro, algunos animales se atrevieron á sacar las cabezas fuera de las cuevas; y viendo apagado ya el fuego, salieron y llamaron á los demás.

¡Qué desconsuelo! La floresta y hasta el verdor de la tierra habían desaparecido, y sólo se veían negras cenizas por todas partes. Pero no fué poco haber salvado el pellejo.

Después que se lamentaron largamente, el reflexivo castor volvió á tomar la palabra y pronunció el siguiente discurso:

—«Señores: Si el incendio ha destruido la selva, ya no hay que hacerle; y en vez de lamentarnos vanamente, discurremos con filosofía y prevengámonos por si acaso se repitiese el peligro. Siempre hemos vivido en guerra y haciéndonos mútuo daño, hasta que hoy la necesidad y el peligro común nos obligaron á unirnos como hermanos. Supuesto que la unión constituye la fuerza, sería bueno que continuásemos todos de hoy en adelante unidos fraternalmente; y en vez de destrozarnos unos á otros, construir viviendas en que, en caso de otro incendio, nos guardemos de las llamas. En nombre de la prudencia os exhorto á la unión y fraternidad. Si; vivamos como buenos vecinos y amigos, ayudándonos mútuamente.»

Algunos animales estuvieron atentos; la llama, la liebre, el cordero, el asno y algunos más, hacían con la cabeza señas de aprobación; pero otros se opusieron y no quisieron oír al castor.

—Doy al diablo tu discurso. ¿Quieres que de yo un abrazo al asno? Si se lo doy será para destrozarme—murmuró el león con enfado.

—¡Miren con qué nos viene el señor castor! ¿He de pasar yo junto á una cabra y la diré Dios te guarde, marchándome sin aplicarla el diente?—refunfuñó el lobo con sorna.

—Así Dios me salve como tengo de hacer plato de los animalitos que bien me parezcan, y váyase el castor á moralizar á otra parte—dijo la pantera lamiéndose el hocico.

—Es verdad que me pesa haber destrozado bastantes animales inofensivos, y ya lo he llorado mucho; pero si vuelvo á encontrar alguno á mano, no respondo de su vida—dijo el cocodrilo derramando un par de lágrimas.

En suma, fué imposible la avenencia, y los animales continuaron como antes: destrozándose.

Que esto suceda entre fieras pase, pues que al cabo fieras son. Pero que otro tanto suceda entre los hombres, y aun entre individuos de una misma familia, que se unen en la ocasión del peligro y cuando les obliga la necesidad, y fuera de ahí se ocupan en dañarse, ofenderse y hasta destruirse, desatendiendo el consejo de los prudentes, que ponderan los beneficios de la unión..... es la cosa más irracional del mundo.... ¿Si tendrá razón el que dijo: HOMO HOMINI LUPUS: *el hombre para el hombre es un lobo?*

Reflexión

Siendo tan notorias las ventajas de la unión, ¿cómo es que siempre se ve á los hombres desunidos entre sí? Si la unión constituye la fuerza, ¿por qué se debilitan dividiéndose?

De la división proviene las más de las veces la ruina de las naciones.

En tanto que los ciudadanos están unidos en un mismo interés, en una misma aspiración y amor, el pueblo es robusto y poderoso, todos se sacrifican por el bien general, y la prosperidad de todos se afianza en el bien de cada uno.

Desde el momento que cada individuo, olvidando el interés de los demás, se dirige por el propio capricho, y trata de labrar su dicha aunque sea á precio de la desdicha de todos, la confusión se introduce en la sociedad y la nación decae de su primera grandeza.

Esperan los hombres á unirse cuando la necesidad les obligue á ello..... ¡Tristes abrazos los de la necesidad! Y pasado el peligro, tornan á separarse y oponerse. Pero suelen pagar bien cara la desunión, pues con ella labran la desdicha general, en que va envuelta la desdicha de cada uno.

Una sociedad de hombres egoistas, sin unión, sin lazos fraternales, sin más miras que las del interés propio, es tan difícil de gobernar como difícil es reunir con los dedos unas cuantas gotas de mercurio dispersadas sobre una superficie plana y horizontal.

MANUEL GONZALEZ ALVAREZ.
(Presbitero.)

DÉBIL RECUERDO

á la memoria de la malograda niña

ELISITA PANDO

Su mirada tenía
el pálido fulgor de las estrellas,
y pensar nos hacía
en otros seres y regiones bellas,
sobre los montes y el azul profundo,
que no era, no, mi Elisa de este mundo.

(ELEGÍAS, V. R. Aguilera.)

Cual ligera mariposa
cruzaste el mundo, mi Elisa,
y breve como la brisa
lo abandonaste también.
Para un ángel tan hermoso
no creó Dios esta vida,
y tú fuiste una elegida
para habitar el Edén.
¿Partiste, mi dulce niña?
¡Adios!.. para siempre ¡adios!..
¡Ay! en el seno de Dios
¡cuánto se debe gozar!
Adios, adorada Elisa;
mi débil pluma atrevida,
dentro del pecho escondida,
¡llorando quiso cantar!

ADAMINA GARRIGÓS.

INDIVINIO EL NIÑO SAGUNTINO

(Continuación.)

— No, no — gritó el pueblo y los senadores — ¡muramos todos antes que entregarnos!

— Pues bien, hombres saguntinos, á morir en las murallas. Mujeres saguntinas, imitad mi ejemplo.

Y Dulichia cogió de manos de una esclava á su inocente hijo, y atravesándole con la espada de Indivinio, le arrojó á la hoguera.

— Muere, hijo mio; cuando menos no serás esclavo.

— Ahora recibe la compañía de tu madre — y corriendo, suelto el cabello y con la mirada extraviada, se arrojó entre las llamas.

Un grito de horror y de indignación salió de aquellos desfallecidos pechos; pero el ejemplo fué terrible: presas de aquel vértigo las mujeres abrazaban á sus hijos, y con ellos se arrojaban á las llamas, siguiendo su ejemplo los ancianos, que ellos entre sí se hundían los cuchillos en el pecho. La sangre corría á torrentes, reverberando de una manera fatídica la luz del poniente sol y el brillo de las llamas; el cuadro era espantoso: por todos lados cadáveres, sangre, y el incendio, avivado por un viento huracanado, estallaba con sordo mugido. El momento de la catástrofe había llegado, y se preparaba la caída de aquel pueblo de mártires de una manera tan grande como espantosa.

Alorco, espantado, contemplaba aquella furiosa hecatombe de inocentes seres, y erizados sus cabellos no sabía qué hacer, pues nadie quedaba en el Senado: la sed de matanza se había apoderado de todos.

— Hoy es preciso concluir: muramos todos, pero muramos matando; no imitemos á esos desgraciados cuyos cuerpos se calcinan en la hoguera — dijo Daumo. — Salgamos esta noche, caigamos sobre el enemigo, y allí hallaremos la muerte cuando nuestro brazo no pueda ya herir, y luego... que se apodere el africano del hirviente cráter en que quedará convertida nuestra amada ciudad. Reunámonos todos los que podemos manejar las armas, y corramos á buscar nuestra tumba en el africano campamento.

— Corramos, y muriendo pronto descansaremos de la fatiga que nos oprime, y nos reuniremos con nuestras esposas y nuestros hijos, á quienes el hambre y el amor á esta sagrada tierra ha arrancado de nuestro lado.

— Sí, sí, preparémonos: esta noche salgamos y llevemos la muerte y la desolación al campamento del feróz Aníbal; muramos antes que sufrir la esclavitud, y no presenciemos el cruel acto de ver recorrer nuestras calles al carro del vencedor, ni la humillación del vencimiento — añadieron un puñado de hombres que se hallaban reunidos en torno del valeroso Daumo.

— Sí, hermanos míos, sucumba Sagunto, pero que su muerte sea un acto digno de un pueblo que prefiere todo: antes la muerte que la deshonra. Un pueblo en el que los niños nos enseñan á morir cual Indivinio, no podemos menos de luchar y morir en la demanda; si

temiéramos, entonces ¡oh vergüenza! recordad que las mujeres nos han demostrado que con segura mano se lleva el cuchillo al pecho para morir antes que sufrir un cobarde yugo. Saguntinos, la sangre de esas víctimas inocentes inmoladas en aras del patrio amor, es sagrada; bañemos, pues, en ella la punta de nuestras espadas, y llevemos con ella la muerte y la desolación hasta la misma tienda de Aníbal, nuestro sanguinario enemigo.

Pocos momentos después, aquellos hombres besaban respetuosamente la yerta mano de Indivinio, que parecía sonreír en su amarilla faz, y tocaban con la punta de sus agudas espadas la coagulada sangre del infeliz niño. Ardovio y Mandovilio, de rodillas junto al cadáver, le contemplaban amorosa y tiernamente; de repente Mandovilio se levantó y tomando á Daumo de la mano, le dijo:

— Cuenta conmigo para la salida de esta noche.

— Muere como otros muchos dentro de los muros y descansa durante la noche, pues que va á ser dura la contienda.

— Y dime, ¿puede ser blanda cuando salimos únicamente á morir matando, sin esperanza alguna más que la de hallar la muerte entre sus filas, y matar al fiero Aníbal si nos fuere posible? Por tanto, amigo Daumo, permíteme salir á luchar, para pelear y morir como descendiente de los Avoistas.

— Sea lo que tú quieras, pues no es día hoy de privar á nadie que marche por el camino de la inmortalidad; ven á morir con nosotros: pero ¿qué va á ser de tu esposa?

— Ardovia morirá como han muerto las demás mujeres saguntinas en cuanto llegue el momento oportuno. Para eso guardo esta espada que ha atravesado el pecho de mi hijo — contestó la ilustre mujer.

Oscura cerró la noche, acompañada de un viento huracanado que avivaba las llamas de la hoguera, de la que saltaban grandes chispas, que eran arrebatadas incandescentes á larga distancia. Un silencio de muerte reinaba en la población, en la que no se veía una luz tan sólo, sino las llamas de la hoguera que habían comunicado el incendio á algunas casas, que ardían envueltas en blanquecino humo, sin que nadie atajase los progresos del incendio, que se corría de uno á otro edificio azuzado por el furioso viento. Próxima la media noche era cuando, reunidos junto á las murallas los habitantes que quedaban con vida, se preparaban para salir al campo enemigo en busca de la muerte. Algunos grupos de llorosas mujeres y ancianos gemían silenciosamente por no llamar la atención del enemigo, que ocupaba algunos de los torreones que se habían aislado por nuevos muros. Daumo y algunos otros jefes les conducían, y silenciosamente salieron al campo después de haberse despedido de sus madres y de sus esposas, que quedaban llorando.

Así fueron saliendo todos los pelotones, dirigiéndose á distintos puntos del campamento enemigo, que se hallaba sumido en sepulcral silencio. Las mujeres y los ancianos, subidos en la muralla, escuchaban atentamente, espe-

rando el momento del choque. De pronto oyéronse apagados ayes, voces y gritos mezclados con imprecaciones; poco después, el choque de los aceros en medio de la oscuridad hacía saltar de sus mellas chispas que iluminaban por un momento á los combatientes.

Los saguntinos, recelosos, cautos y silenciosos, fueron acercándose al campamento, y en el momento en que llegaban á sus trincheras, rápidos y ágiles cual ardillas entraron en él, hundiendo sus afilados aceros en los dormidos africanos. Los centinelas cayeron acuchillados antes de poder dar la voz de alarma, y los saguntinos herían y mataban en medio de la oscuridad, causando terribles estragos en el enemigo. Largo rato estaban matando cuando por fin los ayes y alaridos de los moribundos despertaron á los demás, pudiendo ya comenzar á defenderse.

Algunas faláticas lanzadas por los desesperados saguntinos contra las tiendas enemigas, determinaron un incendio que amenazaba abrasar el campamento; pero á sus resplandores vióse al enemigo, y á la luz de las antorchas se peleó sin tregua ni cuartel.

El anciano Mandovilio, armado de espada, corría por el campamento en busca de Aníbal, quien, sobresaltado con aquel ataque, creyó que los romanos le acometían por retaguardia y salió armado de su tienda para alentar á sus tropas, que más se batían en retirada que doblegando al audaz enemigo. Al salir al campo, un anciano se lanzó sobre él con ánimo de atravesarle el pecho, acción que pudo sortear, al propio tiempo que un soldado derribaba al saguntino de una cuchillada. Mandovilio cayó para no levantarse, y Aníbal alentó á sus tropas con la promesa del inmediato saqueo.

Todavía se peleó por largo rato, hasta que, rechazados por el número, fueron cayendo hasta no quedar un saguntino con vida, y cuando la sangre africana corría á torrentes á enrojecer las turbias aguas del Sarabis.

Poco tiempo después, un silencio de muerte reinaba en el campamento. Todo había concluido, y el vencedor rugía contando la espantosa hecatombe que aquel puñado de hambrientos les había causado con su astuta y valerosa salida en tan desesperados momentos.

Cuando en la ciudad notaron el silencio de muerte que sucedió al alarido del combate, conocieron las mujeres que todo había terminado, que ya no tenían padres, esposos ni hijos, y que ellas se hallaban á merced del vencedor y de la brutalidad de aquellos feroces soldados.

Llorosas huyeron de la ya inútil muralla, y cual desesperadas y enloquecidas cogían las abandonadas armas, dándose la muerte sin lanzar un grito.

Entre tanto el incendio cundía, y calles enteras eran presa de las llamas, á las que mujeres y niños se arrojaban creyendo ver llegar á los africanos.

(Se continuará.)

TIPOGRAFIA GUTENBERG
Á CARGO DE MANUEL SALAMANQUÉS
Villalar, 5.